



PLAN PASTORAL DIOCESANO ¡SALGAMOS!

ITINERARIO FORMATIVO SOBRE EL DISCERNIMIENTO

Tema 6: FORMACIÓN DE ACOMPAÑANTES ESPIRITUALES. EL ACOMPAÑAMIENTO ESPIRITUAL

HNA. ANA MARÍA DÍAZ, Carmelita Misionera

1.- ORACIÓN

– DISPOSICIÓN:

Hacemos un espacio de silencio y recogimiento e invocamos al Espíritu Santo.

Nos puede ayudar este canto de Taizé:

<https://www.youtube.com/watch?v=VgXET-COHjY> (en castellano)

<https://www.youtube.com/watch?v=YkfSQO9aQG8> (en latín)

– INTRODUCCIÓN A LA ORACIÓN:

El Espíritu Santo es quien nos acompaña constantemente. De forma suave y discreta, vela por nuestro crecimiento en Cristo. Él nos llena de dones, y nos inspira sentimientos y acciones para vivir en Cristo y proclamar por el mundo la Buena Nueva del Evangelio.

En un espacio de silencio, tomo conciencia de cómo me está guiando el Espíritu Santo en esta temporada.

¿Percibo sus inspiraciones entre otros ruidos que hay en mi interior? ¿Las sigo, o tengo dificultades para ponerlas en práctica?

– LECTURA DE LA PALABRA DE DIOS:

«Hermanos, no viváis de acuerdo con los deseos terrenales, sino de acuerdo con el Espíritu, porque el Espíritu de Dios habita en vosotros, y si alguien de vosotros no tuviera el Espíritu de Cristo, no sería de Cristo. Pero si Cristo está en vosotros, el Espíritu os da la vida.

Todos los que son guiados por el Espíritu de Dios son hijos de Dios. Porque vosotros no habéis recibido un espíritu de esclavos que os haga volver a caer en el temor, sino que habéis recibido el Espíritu Santo que nos ha hecho hijos y nos hace gritar: “¡Abbá, Padre!” Así el propio Espíritu se une a nuestro espíritu para dar testimonio de que somos hijos de Dios. Y si somos hijos, también somos herederos: herederos



de Dios y herederos con Cristo, pues, sufriendo con Él, seremos también glorificados con Él.» (Rm 8,9-10.14-16)

– PARA LA MEDITACIÓN DE LA PALABRA DE DIOS:

- ¿Cómo experimento que el Espíritu Santo me está guiando hacia una verdadera vida?
- ¿A qué debo renunciar para vivir según me inspira el Espíritu del Señor?
- ¿Experimento la verdadera libertad de los hijos de Dios, la confianza de vivir en las manos del Abbá, o aún hay zonas de esclavitud en mi existencia de las que me quiero liberar?

– COMPARTIR EN CLIMA DE ORACIÓN:

Se puede compartir espontáneamente las respuestas a estas preguntas, o el eco de la lectura de la Palabra de Dios.

Es importante mantener un clima de silencio y de profunda escucha de los demás; orar también los unos por los otros para que el Espíritu nos ilumine en nuestra propia verdad.

Cada dos o tres intervenciones, se puede cantar este estribillo:

<https://www.youtube.com/watch?v=cS-qH8E0SXM> (en castellano)

<https://www.youtube.com/watch?v=DEhEzyMHejs> (en francés original)

– CONCLUSIÓN DE LA ORACIÓN:

Pueden expresarse oraciones espontáneas intercediendo por las necesidades del mundo, y concluir con una oración recitada o un canto a la Virgen.

2.- IDEAS PARA PROFUNDIZAR

- El camino espiritual implica toda nuestra vida y toda nuestra persona. La vida espiritual no se entiende como una «vida inmaterial», sino como una existencia histórica, concretamente relacionada con personas y objetos, con circunstancias y acontecimientos, con sentimientos; hecha de realidades y deseos, de expectativas y logros, de frustraciones y fracasos. La relación con Dios se establece necesariamente en medio de estas manifestaciones de la existencia con todas sus ambivalencias. Éste es el tema central del acompañamiento espiritual.
- La palabra «espiritual» unida al acompañamiento nos dirige a la acción que el Espíritu Santo realiza en cada creyente. El Espíritu nos impulsa a la madurez en Cristo, dentro de la propia vocación personal. Para crecer en el seguimiento de Jesús



y en la comunión con Él, es necesario reconocer las inspiraciones del Espíritu Santo dentro de nosotros, acogerlas y ponerlas por obra.

- El acompañamiento espiritual es una dinámica pastoral viva; es una relación interpersonal profunda en la que se intenta descubrir la voluntad de Dios sobre la propia vida y reconocer el paso de Dios en la historia y en el día a día de una persona.
- En esta tarea pastoral, se trata de acompañar el proceso interior de la otra persona, no de sustituirla o suplantarla. La iniciativa de la demanda pastoral de acompañamiento debe tenerla siempre el acompañado; y debe tener claro que se trata de ir aprendiendo la finura del discernimiento cristiano, que nos ayuda a decidir, elegir y vivir de forma evangélica. Con la sensibilidad y los gestos de Jesús.
- El Espíritu Santo es el verdadero guía de los creyentes. Es Él quien nos guía hacia la verdad completa (cf. Jn 16,13). Él nos recuerda las palabras de Jesús y nos remite a la comunidad. El Espíritu se sirve de las capacidades humanas de cada uno; las fecunda y potencia, por lo que no se muestra como un agente extraño, sino como una presencia íntima en el ser humano.
- El Espíritu Santo va educando a la persona de forma progresiva y gradual, pero esta acción debe ser acompañada en su propio dinamismo educativo. Dios tiene su propia manera de actuar y manifestarse, y alguien que esté más acostumbrado a este dinamismo puede ayudar mucho a la persona para que ella misma lo vaya identificando. Esta labor pastoral está profundamente unida a la mediación necesaria de la Iglesia.
- El ser humano debe crear disposiciones favorables a la Gracia y a la acción del Espíritu Santo; quitar obstáculos, identificar y huir de las trampas, y concentrar y orientar las fuerzas hacia el propio proyecto personal de vida cristiana y apostolado.
- De entre las actitudes que podemos señalar para las personas que son acompañadas, podríamos subrayar: transparencia y apertura a Dios, constancia, cultivar el silencio interior y la oración, confianza en Dios, disponibilidad a la Gracia, trabajo interior y agradecimiento.
- Los acompañantes espirituales siempre deben tener en cuenta la importancia primordial de la humildad: somos simples servidores que acompañamos y acogemos en nombre de la Iglesia. Otras actitudes importantes son: la escucha profunda, acogedora, que no juzga; el servicio generoso y gratuito; la oración constante por la persona acompañada; y la constante formación, siendo a la vez acompañado por otro creyente firme en la fe.



3.- PARA LA REFLEXIÓN PERSONAL Y EN GRUPO

1. ¿Qué significa para mí vivir en el Espíritu? ¿Cómo lo concreto en mi vida cristiana?
2. ¿Qué confirmaciones e interrogantes han surgido en mí después de seguir el vídeo y profundizar en el tema?
3. En mi interior encuentro sentimientos, pensamientos, pulsiones, deseos... ¿Cómo reconozco en medio de esta realidad la voz del Espíritu Santo que me inspira? ¿Cómo percibo la obra y las llamadas del Espíritu Santo en lo cotidiano y en la sociedad que me rodea?
4. Anexo 1: Subraya las ideas principales que aparecen en el documento referentes al acompañamiento espiritual. ¿Cómo se vive en tu comunidad cristiana? ¿Qué nuevo impulso podría originarse entre todos? ¿Con qué iniciativas?
5. Anexo 2: Indica las actitudes y el talante de un buen acompañamiento espiritual.
6. Anexo 3: ¿Qué es lo que más me ha impresionado de las palabras del papa Francisco? ¿Vivo el acompañamiento espiritual en mi vida de creyente, en qué me ayuda?



Anexo 1

Sínodo de los Obispos 2018: Los jóvenes, la fe y el discernimiento vocacional

Capítulo III: La misión de acompañar

LA IGLESIA QUE ACOMPAÑA

Frente a las decisiones

91. En el mundo contemporáneo, caracterizado por un pluralismo cada vez más evidente y por una diversidad de opciones cada vez más amplia, la cuestión sobre la elección se plantea con especial fuerza y a diversos niveles, sobre todo frente a itinerarios de vida cada vez menos claros, caracterizados por una gran precariedad. De hecho, los jóvenes a menudo se mueven entre planteamientos extremos e ingenuos: o se consideran a merced de un destino ya escrito e inexorable, o se sienten arrollados por un ideal abstracto de excelencia, en el marco de una competición desordenada y violenta.

Acompañar para tomar decisiones válidas, estables y bien fundadas es pues un servicio del que la gran mayoría siente la necesidad. Estar presente, sostener y acompañar el itinerario para hacer elecciones auténticas es un modo que tiene la Iglesia de ejercer su función materna, generando la libertad de los hijos de Dios. Este servicio no es otro que la continuación del actuar del Dios de Jesucristo con su pueblo: mediante una presencia constante y cordial, una proximidad entregada y amorosa, y una ternura sin límites.

Partir juntos el pan

92. Como enseña la narración de los discípulos de Emaús, acompañar requiere la disponibilidad a hacer juntos un tramo del camino, entablando una relación significativa. El origen del término “acompañar” remite al pan partido y compartido (*cum pane*), con toda la riqueza simbólica humana y sacramental de esta remisión. Es, por tanto, la comunidad en su conjunto el primer sujeto del acompañamiento, precisamente porque en su seno se desarrolla la trama de relaciones que puede sostener a la persona en su camino y ofrecerle puntos de referencia y de orientación. El acompañamiento en el crecimiento humano y cristiano hacia la vida adulta es una de las formas con las que la comunidad se muestra capaz de renovarse y de renovar el mundo.

La Eucaristía es memoria viva del evento pascual, lugar privilegiado de la evangelización y de la transmisión de la fe con vistas a la misión. En la asamblea reunida en la celebración eucarística, la experiencia de sentirse personalmente “tocados”, educados y curados por Jesús acompaña a cada persona en su camino de crecimiento.

Ambientes y roles

93. Además de los miembros de la familia, están llamadas a desempeñar un papel de acompañamiento todas las personas significativas en los diversos ámbitos de la vida de los jóvenes, como maestros, animadores, entrenadores y otras figuras de referencia, incluso profesionales. Sacerdotes, religiosos y religiosas, aunque no tienen el monopolio del acompañamiento, tienen un cometido específico que deriva de su vocación y que deben redescubrir, como han pedido los jóvenes presentes en la Asamblea sinodal, en nombre de muchos



otros. La experiencia de algunas Iglesias destaca el papel de los catequistas como acompañantes de las comunidades cristianas y de sus miembros.

Acompañar la inserción en la sociedad

94. El acompañamiento no puede limitarse al camino de crecimiento espiritual y a las prácticas de la vida cristiana. Resulta igualmente provechoso el acompañamiento a lo largo del camino de progresiva asunción de responsabilidad en la sociedad, por ejemplo en ámbito profesional o de compromiso sociopolítico. En este sentido la Asamblea sinodal recomienda la valorización de la doctrina social de la Iglesia. En el seno de sociedades y de comunidades eclesiales cada vez más interculturales y multirreligiosas, es necesario un acompañamiento específico en relación con la diversidad, que la valore como enriquecimiento recíproco y posibilidad de comunión fraterna, contra una doble tentación: la de replegarse en la propia identidad y la del relativismo.

EL ACOMPAÑAMIENTO COMUNITARIO, DE GRUPO Y PERSONAL

Una tensión fecunda

95. Hay una complementariedad constitutiva entre el acompañamiento personal y el comunitario, que toda espiritualidad o sensibilidad eclesial está llamada a articular de manera original. El acompañamiento personal directo resultará particularmente fecundo sobre todo en algunos momentos especialmente delicados, por ejemplo la fase del discernimiento respecto a decisiones fundamentales para la vida o a momentos críticos. En cualquier caso, será importante también en la vida cotidiana como camino para profundizar en la relación con el Señor.

Además, se hace hincapié en la urgencia de acompañar personalmente a seminaristas y jóvenes sacerdotes, religiosos en formación, así como a las parejas en el camino de preparación al matrimonio y en los primeros años después de la celebración del sacramento, inspirándose en el catecumenado.

El acompañamiento comunitario y de grupo

96. Jesús acompañó al grupo de sus discípulos compartiendo con ellos la vida de todos los días. La experiencia comunitaria pone de relieve la calidad y los límites de toda persona y hace crecer la conciencia humilde, pues sin compartir los dones recibidos para el bien de todos no es posible seguir al Señor.

Esta experiencia continúa en la práctica de la Iglesia, ya que los jóvenes participan en grupos, movimientos y asociaciones de distinta naturaleza, donde experimentan un ambiente cálido y acogedor, y aquellas relaciones intensas que anhelan. Ser miembros de realidades de este tipo resulta particularmente importante una vez completado el itinerario de iniciación cristiana, porque ofrece a los jóvenes el espacio para proseguir la maduración de su vocación cristiana. En estos ambientes hay que alentar la presencia de pastores, a fin de garantizar un acompañamiento adecuado.

En los grupos, educadores y animadores representan un punto de referencia en términos de acompañamiento, mientras que las relaciones de amistad que se desarrollan en ese ámbito constituyen el lugar para un acompañamiento entre iguales.



El acompañamiento espiritual personal

97. El acompañamiento espiritual es un proceso que desea ayudar a la persona a integrar progresivamente las diversas dimensiones de la vida para seguir a Jesús Nuestro Señor. En este proceso se articulan tres instancias: la escucha de la vida, el encuentro con Jesús y el diálogo misterioso entre la libertad de Dios y la de la persona. Quien acompaña acoge con paciencia, suscita las preguntas más profundas y reconoce los signos del Espíritu en la respuesta de los jóvenes.

En el acompañamiento espiritual personal se aprende a reconocer, interpretar y elegir desde la perspectiva de la fe, escuchando todo lo que el Espíritu sugiere dentro de la vida de cada día (cf. Francisco, *Evangelii gaudium*, 169-173). El carisma del acompañamiento espiritual, como se ve también en la tradición, no está necesariamente vinculado al ministerio ordenado. Nunca hubo tanta necesidad como hoy de directores espirituales, padres y madres con una profunda experiencia de fe y de humanidad, y no solo preparados intelectualmente. El Sínodo anhela que en este ámbito se vuelva a descubrir también el gran y fecundo recurso de la vida consagrada, en particular la femenina, y de laicos, adultos y jóvenes bien formados.

Acompañamiento y sacramento de la Reconciliación

98. El sacramento de la Reconciliación desempeña un papel indispensable para proceder en la vida de fe, marcada no solo por el límite y la fragilidad, sino también por el pecado. El ministerio de la Reconciliación y el acompañamiento espiritual deben distinguirse adecuadamente, porque tienen finalidades y formas diferentes. Pastoralmente es oportuna una gradualidad sana y sabia en los itinerarios penitenciales, en la que participe una pluralidad de figuras educativas, que ayuden a los jóvenes a leer su vida moral, a madurar un correcto sentido del pecado y sobre todo a abrirse a la alegría liberadora de la misericordia.

Un acompañamiento integral

99. El Sínodo reconoce también la necesidad de promover un acompañamiento integral, en el que los aspectos espirituales estén bien integrados con los aspectos humanos y sociales. Como explica el papa Francisco, «el discernimiento espiritual no excluye los aportes de sabidurías humanas, existenciales, psicológicas, sociológicas o morales. Pero las trasciende» (*Gaudete et exsultate*, 170). Se trata de elementos que hay que entender de manera dinámica y respetando las distintas espiritualidades y culturas, sin exclusiones y sin confusiones.

El acompañamiento psicológico o psicoterapéutico, si está abierto a la trascendencia, puede resultar fundamental para un camino de integración de la personalidad, y hacer posible un crecimiento vocacional volviendo a abrir algunos aspectos de la personalidad que estaban cerrados o bloqueados. Los jóvenes viven toda la riqueza y la fragilidad de “estar en construcción”. La elaboración psicológica no solo podría ayudar a recorrer con paciencia la propia historia, sino también a replantearse preguntas para alcanzar un equilibrio afectivo más estable.

El acompañamiento en la formación al ministerio ordenado y a la vida consagrada

100. Al acoger a los jóvenes en las casas de formación o los seminarios es importante comprobar que exista un arraigo suficiente a una comunidad, una estabilidad en las relaciones de amistad con los coetáneos, en el compromiso con el estudio y el trabajo, en el contacto con la pobreza y el sufrimiento. En el acompañamiento espiritual es decisivo iniciar en la oración y en el trabajo



interior, aprendiendo el discernimiento ante todo en la propia vida, también mediante formas de renuncia y de ascesis. El celibato por el Reino (cf. Mt 19,12) debería ser entendido como un don a reconocer y verificar en la libertad, gozo, gratuidad y humildad, antes de la admisión a las órdenes o de la primera profesión. La contribución de la psicología hay que entenderla como una ayuda para la maduración afectiva y la integración de la personalidad, que debe incluirse en el itinerario formativo según la deontología profesional y el respeto de la libertad efectiva de quien está en proceso de formación. La figura del rector o de quien sea responsable de la formación es cada vez más importante para unificar el camino formativo, para alcanzar un discernimiento realista consultando a todas las personas implicadas en la formación y para decidir respecto a la posibilidad de interrumpir el camino formativo ayudando a proceder por otra vía vocacional.

Al término de la fase inicial de la formación, se debe asegurar la formación permanente y el acompañamiento de sacerdotes, consagrados y consagradas, sobre todo de los más jóvenes. Estos a menudo tienen que enfrentarse a retos y a responsabilidades desproporcionadas. El cometido de acompañarles no solo corresponde a los que han recibido ese encargo, sino que debe ser ejercido personalmente por obispos y superiores.

ACOMPAÑANTES CUALIFICADOS

Llamados a acompañar

101. Los jóvenes nos han pedido de muchas maneras que se cualifique la figura de los acompañantes. El servicio del acompañamiento es una auténtica misión, que requiere la disponibilidad apostólica de quien lo realiza. Como Felipe el diácono, el acompañante ha de obedecer a la llamada del Espíritu saliendo y abandonando el recinto de las murallas de Jerusalén, figura de la comunidad cristiana, para dirigirse a un lugar desierto e inhóspito, tal vez peligroso; y esforzarse por alcanzar la carroza en la que viaja un forastero, encontrando el modo de entrar en relación con él, para suscitar una pregunta que quizás espontáneamente nunca hubiese sido formulada (cf. Hch 8,26-40). En definitiva, acompañar requiere ponerse a disposición del Espíritu del Señor y de quien es acompañado, con todas las propias cualidades y capacidades, y después tener la valentía de hacerse a un lado con humildad.

El perfil del acompañante

102. El buen acompañante es una persona equilibrada, de fe y de oración, que escucha y que se ha confrontado con sus debilidades y fragilidades. Por eso sabe ser acogedora con los jóvenes a quienes acompaña, sin moralismos y sin falsas indulgencias. Cuando es necesario sabe ofrecer también una palabra de corrección fraterna.

La conciencia de que acompañar es una misión que requiere un profundo arraigo en la vida espiritual lo ayudará a mantenerse libre respecto de los jóvenes que acompaña: respetará el resultado de su camino, sosteniéndolos con la oración y gozando de los frutos que el Espíritu produce en quienes le abren el corazón, sin tratar de imponer su voluntad ni sus preferencias. Asimismo, será capaz de ponerse al servicio, en lugar de ocupar el centro de la escena y asumir actitudes posesivas y manipuladoras que crean en las personas dependencia en lugar de libertad. Este profundo respeto será también la mejor garantía contra el riesgo de suplantar la personalidad y de abusos de todo tipo.



La importancia de la formación

103. Para poder desempeñar el propio servicio, el acompañante sentirá la necesidad de cultivar su propia vida espiritual, alimentando la relación que lo vincula a Aquel que le ha confiado la misión. Al mismo tiempo necesitará sentir el apoyo de la comunidad eclesial de la que forma parte. Será importante que reciba una formación específica para este particular ministerio y que a su vez él también se beneficie de acompañamiento y de supervisión.

Por último, hay que recordar que la disponibilidad y la capacidad de trabajar en equipo son dos rasgos que caracterizan nuestra Iglesia y que son muy apreciados entre nuestros jóvenes. De este modo se logra ser más significativos, eficaces e incisivos en la formación de los jóvenes. Esta competencia en el trabajo comunitario requiere que se maduren algunas virtudes relacionales específicas: la disciplina de la escucha y la capacidad de dejar espacio al otro, la prontitud para perdonar y la disponibilidad a implicarse según una verdadera espiritualidad de comunión.

Capítulo IV: El arte de discernir

LA IGLESIA, LUGAR PARA EL DISCERNIMIENTO

Una constelación de significados en la variedad de tradiciones espirituales

104. El acompañamiento vocacional es la dimensión fundamental de un proceso de discernimiento por parte de la persona que ha de tomar una decisión. El término “discernimiento” se usa en una multitud de acepciones, si bien relacionadas entre ellas. En un sentido más general, discernimiento indica el proceso por el que se toman decisiones importantes; en un segundo sentido, más propio de la tradición cristiana y en el que nos detendremos particularmente, corresponde a la dinámica espiritual a través de la que una persona, un grupo o una comunidad intentan reconocer y aceptar la voluntad de Dios en su situación concreta: «Examinadlo todo; quedaos con lo bueno» (1 Tes 5,21). El discernimiento, como atención a reconocer la voz del Espíritu y a recibir su llamada, es una dimensión esencial del estilo de vida de Jesús, una actitud de fondo más que un acto puntual.

A lo largo de la historia de la Iglesia, las diferentes espiritualidades han afrontado el tema del discernimiento, con distintos acentos según las diversas sensibilidades carismáticas y épocas históricas. Durante el Sínodo hemos reconocido algunos elementos comunes, que no eliminan la diversidad de lenguajes: la presencia de Dios en la vida y en la historia de cada persona; la posibilidad de reconocer su acción; el papel de la oración, de la vida sacramental y de la ascesis; la continua confrontación con las exigencias de la Palabra de Dios; la libertad con respecto a las certezas adquiridas; la constante verificación en la vida cotidiana y la importancia de un acompañamiento adecuado.

La referencia constitutiva a la Palabra y a la Iglesia

105. En cuanto «actitud interior que tiene su raíz en un acto de fe» (Francisco, *Discurso a la 1ª Congregación General de la XV Asamblea General Ordinaria del Sínodo de los Obispos*, 3 de octubre de 2018), el discernimiento remite constitutivamente a la Iglesia, cuya misión es hacer posible que cada hombre y cada mujer encuentre al Señor que ya obra en sus vidas y en sus corazones.



El contexto de la comunidad eclesial favorece un clima de confianza y de libertad en la búsqueda de la propia vocación, en un ambiente de recogimiento y de oración; ofrece una oportunidad concreta para una nueva lectura de la propia historia y para descubrir los propios dones y vulnerabilidades a la luz de la Palabra de Dios; permite confrontarse con testigos que encarnan las diferentes opciones de vida. También el encuentro con los pobres exige profundizar en lo que es esencial en la existencia, mientras que los sacramentos –en particular la Eucaristía y la Reconciliación– alimentan y sostienen a quien se encamina hacia el descubrimiento de la voluntad de Dios.

Todo discernimiento implica siempre el horizonte comunitario, no se puede limitar únicamente a la dimensión individual. Al mismo tiempo, cada discernimiento personal interpela a la comunidad, instándola a ponerse a la escucha de aquello que el Espíritu le sugiere a través de la experiencia espiritual de sus miembros: como cada creyente, también la Iglesia está en continuo proceso de discernimiento.

LA CONCIENCIA EN EL DISCERNIMIENTO

Dios habla al corazón

106. El discernimiento atrae la atención sobre lo que acontece en el corazón de cada hombre y cada mujer. En los textos bíblicos se utiliza el término “corazón” para indicar el punto central de la interioridad de la persona, donde la escucha de la Palabra de Dios la dirige constantemente, se convierte en criterio de valoración de la vida y de las decisiones (cf. Sal 139). La Biblia considera la dimensión personal, pero al mismo tiempo destaca la dimensión comunitaria. Tampoco el “corazón nuevo” prometido por los profetas es un don individual, sino que concierne a todo Israel, en cuya tradición e historia de salvación está inmerso el creyente (cf. Ez 36,26-27). Los Evangelios prosiguen en la misma línea: Jesús insiste en la importancia de la interioridad y sitúa en el corazón el centro de la vida moral (cf. Mt 15,18-20).

La idea cristiana de conciencia

107. El apóstol Pablo enriquece lo que la tradición bíblica ha elaborado con respecto al corazón, relacionándolo con la palabra “conciencia”, que toma de la cultura de su tiempo. En la conciencia se recibe el fruto del encuentro y de la comunión con Cristo: una transformación salvífica y el don de una nueva libertad. La tradición cristiana insiste en la conciencia como lugar privilegiado para una intimidad especial con Dios y de encuentro con él, donde su voz se hace presente: «La conciencia es el núcleo más secreto y el sagrario del hombre, en el que está solo con Dios, cuya voz resuena en lo más íntimo de ella» (*Gaudium et spes*, 16). Esta conciencia no coincide con el sentir inmediato y superficial, ni con una «conciencia de sí mismo»: testimonia una presencia trascendente, que cada uno encuentra en su propia interioridad, pero que no posee.

La formación de la conciencia

108. Formar la conciencia es camino de toda una vida, en el que se aprende a nutrir los sentimientos propios de Jesucristo, asumiendo los criterios de sus decisiones y las intenciones de su manera de obrar (cf. Fl 2,5). Según la visión cristiana, para alcanzar la dimensión más profunda de la conciencia es importante cuidar la interioridad ante todo mediante momentos de silencio, de contemplación orante y de escucha de la Palabra, y con el sostén de la práctica sacramental y de



las enseñanzas de la Iglesia. Además, se precisa una práctica habitual del bien, valorada en el examen de conciencia: un ejercicio en el que no se trata solo de identificar los pecados, sino también de reconocer la obra de Dios en la propia experiencia cotidiana, en los acontecimientos de la historia y de las culturas de las que formamos parte, en el testimonio de tantos hombres y mujeres que nos han precedido o que nos acompañan con su sabiduría. Todo ello ayuda a crecer en la virtud de la prudencia, articulando la orientación global de la existencia con elecciones concretas, con la conciencia serena de los propios dones y límites. El joven Salomón pidió este don por encima de todo (cf. 1Re 3,9).

La conciencia eclesial

109. La conciencia de todo creyente, en su dimensión más personal, está siempre relacionada con la conciencia eclesial. Solo a través de la mediación de la Iglesia y de su tradición de fe podemos acceder al rostro auténtico de Dios, que se revela en Jesucristo. Por lo tanto, el discernimiento espiritual se presenta como la labor sincera de la conciencia, en su empeño por conocer el bien posible, sobre el que decidir responsablemente el ejercicio correcto de la razón práctica, en la relación personal con Jesús Nuestro Señor y a la luz de esta.

LA PRÁCTICA DEL DISCERNIMIENTO

La familiaridad con el Señor

110. El discernimiento, en cuanto encuentro con el Señor, que se hace presente en la intimidad del corazón, puede entenderse como una auténtica forma de oración. Por eso requiere tiempos adecuados de recogimiento, tanto en la normalidad de la vida cotidiana, como en momentos privilegiados como retiros, ejercicios espirituales, peregrinaciones, etc. Un discernimiento serio se alimenta de todas las ocasiones de encuentro con el Señor, profundizando en la familiaridad con él, en las diferentes formas con las que se hace presente: en los sacramentos, en particular la Eucaristía y la Reconciliación; en la escucha y la meditación de la Palabra de Dios, la *Lectio divina* en la comunidad; en la experiencia fraterna en la vida común y en el encuentro con los pobres, con quienes Jesús Nuestro Señor se identifica.

Las disposiciones del corazón

111. Abrirse a la escucha de la voz del Espíritu requiere algunas disposiciones interiores precisas: la primera es la atención del corazón, favorecida por un silencio y el vaciarse que exige la ascesis. Igualmente importantes son la conciencia, la aceptación de sí mismo y el arrepentimiento, unidos a la disponibilidad de poner orden en su vida, abandonando aquello que podría revelarse un obstáculo, y recuperar la libertad interior necesaria para tomar decisiones guiadas solo por el Espíritu Santo. Un buen discernimiento requiere también atención a los movimientos del propio corazón, crecer en la capacidad de reconocerlos y de darles nombre. Finalmente, el discernimiento requiere el valor de comprometerse en la lucha espiritual, ya que no faltarán las tentaciones y los obstáculos que el Maligno pone en nuestro camino.

El diálogo de acompañamiento

112. Las diversas tradiciones espirituales concuerdan en que un buen discernimiento requiere una confrontación regular con un director espiritual. Expresar de forma auténtica y personal las propias experiencias favorece la claridad. Al mismo tiempo, el acompañante asume una función



esencial de confrontación externa, haciéndose mediador de la presencia materna de la Iglesia. Se trata de una función delicada, ya tratada en el capítulo anterior.

La decisión y la ratificación

113. El discernimiento, como dimensión del estilo de vida de Jesús y de sus discípulos, permite procesos concretos dirigidos a salir de la indeterminación, asumiendo la responsabilidad de las decisiones. Los procesos de discernimiento no pueden, por tanto, durar indefinidamente, tanto en los casos de caminos personales, como en aquellos comunitarios e institucionales. Después de la decisión hay una fase igualmente fundamental de realización y de verificación en la vida cotidiana. Por consiguiente, será indispensable proseguir en una fase de escucha atenta de las resonancias interiores, para captar la voz del Espíritu. En esta fase reviste una importancia específica confrontarse con lo concreto. En particular, varias tradiciones espirituales señalan el valor de la vida fraterna y del servicio a los pobres como banco de pruebas de las decisiones adoptadas y como lugar en el que la persona se manifiesta plenamente.





Anexo 2

El acompañamiento personal de los procesos de crecimiento *Evangelii gaudium (nn. 169-173)*

169. En una civilización paradójicamente herida de anonimato y, a la vez obsesionada por los detalles de la vida de los demás, impudorosamente enferma de curiosidad malsana, la Iglesia necesita la mirada cercana para contemplar, conmoverse y detenerse ante el otro cuantas veces sea necesario. En este mundo los ministros ordenados y los demás agentes pastorales pueden hacer presente la fragancia de la presencia cercana de Jesús y su mirada personal. La Iglesia tendrá que iniciar a sus hermanos –sacerdotes, religiosos y laicos– en este «arte del acompañamiento», para que todos aprendan siempre a quitarse las sandalias ante la tierra sagrada del otro (cf. Ex 3,5). Tenemos que darle a nuestro caminar el ritmo sanador de proximidad, con una mirada respetuosa y llena de compasión pero que al mismo tiempo sane, libere y aliente a madurar en la vida cristiana.

170. Aunque suene obvio, el acompañamiento espiritual debe llevar más y más a Dios, en quien podemos alcanzar la verdadera libertad. Algunos se creen libres cuando caminan al margen de Dios, sin advertir que se quedan existencialmente huérfanos, desamparados, sin un hogar donde retornar siempre. Dejan de ser peregrinos y se convierten en errantes, que giran siempre en torno a sí mismos sin llegar a ninguna parte. El acompañamiento sería contraproducente si se convirtiera en una suerte de terapia que fomente este encierro de las personas en su inmanencia y deje de ser una peregrinación con Cristo hacia el Padre.

171. Más que nunca necesitamos de hombres y mujeres que, desde su experiencia de acompañamiento, conozcan los procesos donde campea la prudencia, la capacidad de comprensión, el arte de esperar, la docilidad al Espíritu, para cuidar entre todos a las ovejas que se nos confían de los lobos que intentan disgregar el rebaño. Necesitamos ejercitarnos en el arte de escuchar, que es más que oír. Lo primero, en la comunicación con el otro, es la capacidad del corazón que hace posible la proximidad, sin la cual no existe un verdadero encuentro espiritual. La escucha nos ayuda a encontrar el gesto y la palabra oportuna que nos desinstala de la tranquila condición de espectadores. Sólo a partir de esta escucha respetuosa y compasiva se pueden encontrar los caminos de un genuino crecimiento, despertar el deseo del ideal cristiano, las ansias de responder plenamente al amor de Dios y el anhelo de desarrollar lo mejor que Dios ha sembrado en la propia vida. Pero siempre con la paciencia de quien sabe aquello que enseñaba santo Tomás de Aquino: que alguien puede tener la gracia y la caridad, pero no ejercitar bien alguna de las virtudes «a causa de algunas inclinaciones contrarias» que persisten. Es decir, la organicidad de las virtudes se da siempre y necesariamente «*in habitu*», aunque los condicionamientos puedan dificultar las *operaciones* de esos hábitos virtuosos. De ahí que haga falta «una pedagogía que lleve a las personas, paso a paso, a la plena asimilación del misterio». Para llegar a un punto de madurez, es decir, para que las personas sean capaces de decisiones



verdaderamente libres y responsables, es preciso dar tiempo, con una inmensa paciencia. Como decía el beato Pedro Fabro: «El tiempo es el mensajero de Dios».

172. El acompañante sabe reconocer que la situación de cada sujeto ante Dios y su vida en gracia es un misterio que nadie puede conocer plenamente desde afuera. El Evangelio nos propone corregir y ayudar a crecer a una persona a partir del reconocimiento de la maldad objetiva de sus acciones (cf. Mt 18,15), pero sin emitir juicios sobre su responsabilidad y su culpabilidad (cf. Mt 7,1; Lc 6,37). De todos modos, un buen acompañante no consiente los fatalismos o la pusilanimidad. Siempre invita a querer curarse, a cargar la camilla, a abrazar la cruz, a dejarlo todo, a salir siempre de nuevo a anunciar el Evangelio. La propia experiencia de dejarnos acompañar y curar, capaces de expresar con total sinceridad nuestra vida ante quien nos acompaña, nos enseña a ser pacientes y compasivos con los demás y nos capacita para encontrar las maneras de despertar su confianza, su apertura y su disposición para crecer.

173. El auténtico acompañamiento espiritual siempre se inicia y se lleva adelante en el ámbito del servicio a la misión evangelizadora. La relación de Pablo con Timoteo y Tito es ejemplo de este acompañamiento y formación en medio de la acción apostólica. Al mismo tiempo que les confía la misión de quedarse en cada ciudad para «terminar de organizarlo todo» (Tt 1,5; cf. 1Tm 1,3-5), les da criterios para la vida personal y para la acción pastoral. Esto se distingue claramente de todo tipo de acompañamiento intimista, de autorrealización aislada. Los discípulos misioneros acompañan a los discípulos misioneros.





Anexo 3

Audiencia del Santo Padre Francisco a los sacerdotes y seminaristas que estudian en Roma

Lunes, 24 de octubre de 2022

<https://www.vatican.va/content/francesco/es/speeches/2022/october/documents/20221024-seminaristi-sacerdote.html>

Pregunta

Santo Padre, me gustaría pedirle consejo sobre la dirección espiritual de los sacerdotes jóvenes. A los sacerdotes les resulta fácil ser guías espirituales de los laicos, de las religiosas y de los que aún están en formación. Sin embargo, en mi opinión, es difícil que los sacerdotes busquen dirección espiritual en otros hermanos. ¿Cómo aconsejaría a los sacerdotes, especialmente a los jóvenes, que busquen esta ayuda espiritual para su formación? Gracias.

Respuesta

¡Gracias! **En primer lugar** está el problema de la dirección espiritual –hoy en día utilizamos un término menos directivo «acompañamiento espiritual», que me gusta–. ¿Es obligatoria la dirección espiritual, el acompañamiento espiritual?

No, no es obligatorio, pero si no tienes a alguien que te ayude a caminar, te caerás y harás ruido. A veces es importante ser acompañado por alguien que conozca mi vida, y no es necesario que sea el confesor; a veces funciona, pero lo importante es que son dos roles distintos. Vas al confesor para que te perdone los pecados y vas preparándote para decirle los pecados. Vas al director espiritual para contarle las cosas que están pasando en tu corazón, las mociones espirituales, las alegrías, los enfados y lo que pasa en tu interior.

Si sólo te relacionas con el confesor y no con el director espiritual, no sabrás crecer.

Si sólo te relacionas con un director espiritual, uno que te acompaña, y no vas a confesar tus pecados, eso también está mal.

Son dos roles diferentes, y en las escuelas de espiritualidad, por ejemplo, la de los jesuitas, san Ignacio dice que es mejor distinguirlos, que uno sea el confesor y otro el director espiritual. A veces es lo mismo, pero son dos cosas diferentes; tal vez una sola persona lo haga, pero son dos cosas diferentes.

Segundo. La dirección espiritual no es un carisma clerical, es un carisma bautismal.

Los sacerdotes que hacen dirección espiritual tienen el carisma no porque sean sacerdotes, sino porque son laicos, porque son bautizados. Sé que hay algunos en la Curia (tal vez algunos de ustedes), que se dirigen espiritualmente con una religiosa que es excelente, enseña en la Gregoriana, es buena y es la directora espiritual. Mira, no hay problema, es una mujer con sabiduría espiritual que sabe dirigir.

Algunos movimientos tienen tal vez un laico o una laica con sabiduría. Digo esto porque no es un carisma sacerdotal. Puede ser un sacerdote, pero no es exclusivamente de los sacerdotes. Y para



ser director espiritual se requiere una gran unción. Por esta razón, a tu pregunta yo diría: primero que todo, tener la seguridad de que yo siempre debo ser acompañado. Porque la persona que no está acompañada en la vida le crecen “hongos” en el alma, hongos que luego te molestan. Enfermedades, soledades sucias, tantas cosas malas. Necesito ser acompañado. Aclarar las cosas. Explorar las mociones espirituales, que alguien me ayude a entenderlas, qué quiere el Señor con esto, dónde está la tentación. He encontrado algunos estudiantes de teología que no sabían distinguir una gracia de una tentación; necesito que alguien me acompañe. Y esto no es necesario hacerlo todas las semanas, no, tú vas al director espiritual una vez al mes, cada dos meses, cuando tienes materia para confrontar con él o ella. Pero que estas cosas sean claras.

¿Cómo se encuentra un director espiritual?

Estén atentos, ves a alguien que te atrae por su forma de hablar, que has escuchado de uno, de otro. Busca al director espiritual, pero de acuerdo con lo que he dicho, creo que es importante: distinguirlo del confesor, son dos roles diferentes; es un carisma laical, lo puede hacer un sacerdote, un obispo, una mujer, un hombre laico; y luego, encontrar la persona que te despierte esa confianza y simpatía espiritual. Esto es muy importante, ustedes entienden bien lo que esto significa, esa sintonía que ayuda tanto.

No sé si he contestado. Es algo importante. Que esto que estoy diciendo ahora sirva al menos para que ninguno de ustedes se quede a partir de ahora sin dirección espiritual, sin acompañamiento espiritual, porque no crecerá bien, lo digo por experiencia. ¿Está claro? ¿Está claro para todos? Muy bien. Sigamos adelante.

